

CARRER DE LA CIUTAT

REVISTA DE ARQUITECTURA

escola
técnica
superior
d'arquitectura
de l'edifici
de Terrassa

BIBLIOTECA

N.8 SEPTIEMBRE 1979

PRECIO 90 PESETAS

Un malentendido

NOTA

Para matricularse en Primer Curso de la Escuela de Arquitectura de Barcelona, los estudiantes deben responder a un test que permita medir sus conocimientos generales.

Pero el resultado del test no es vinculante: el Corrector sólo aconsejará escoger otra carrera. La decisión queda siempre en manos del aconsejado. Los promotores del test dicen que, de todas maneras, los números demuestran que basta con anunciar un test para que haya quien renuncie, y que el consejo de cambiar de profesión es seguido por un porcentaje interesante de estudiantes.

¿No podría suponerse que, frente a los resultados del test, no fuera el estudiante sino el Corrector quien acabara retirándose? Esa posibilidad nos viene comentada en la carta que nos remite un lector de Carrer de la Ciutat, que explica su curioso caso prefiriendo guardar el anonimato, y que reproducimos a continuación sin quitar ni añadir nada. Juzgue el lector.

CARRER DE LA CIUTAT

Mi tío es relojero en Philadelphia y su hijo, a quien yo conocí niño, ha venido a nuestra ciudad a estudiar arquitectura.

En las oficinas de la Escuela le informaron de los trámites a cumplir para ingresar.

Vino a verme preocupado: le habían comunicado que, previamente a su inscripción, debía resolver un test de aptitud general.

¿Un test? No acertaba a comprenderlo. Sabía que un test mide los conocimientos que no pueden pronunciarse; que necesitan -como los colores- tomar cuerpo en otro material

para ser advertidos. ¿Sería ello el presagio de la condena que le aguardaba: no poder hablar nunca de arquitectura? ¿Acaso la arquitectura sería una de esas entidades que no llegan a referirse con palabras?

Estaba desconcertado. Cuando vino a casa me pidió algún libro que le ayudara.

Repasé los tomos alineados enfrente nuestro y, sin malicia alguna por mi parte, tomé de la estantería mi Vitrubio y se lo ofrecí: "No sé si te gustará, prueba con éste", le dije. Ya allí lo hojeó detenidamente, parecía excitarse por momentos, al repasar el título de cada capítulo. Se despidió pronto. Marchaba satisfecho.

Alguna que otra tarde pasaba por casa. Había señalado a lápiz los párrafos que no comprendía, o los que más le habían gustado, para poder enseñármelos. Cada vez lo notaba más contento con el libro.

Una mañana que fue a la Escuela para conocer la fecha del test, se aventuró más allá de las ventanillas de Secretaría. Ya se estaba arrepintiéndose de su atrevimiento, sorprendido por una elegante sala larga alfombrada -me explicaba más tarde-, cuando le sobresaltó una voz: "¿Quieres algo?".

Advirtió entonces a dos hombres tras unos archivadores. El inmediato avergonzamiento de mi primo no le impidió recordar sus dudas; comprendía que no se le iba a presentar otra ocasión como aquella para poder consultar a quienes parecían arquitectos habituales de la Escuela. Se dirigió al mayor de ellos -llevaba camisa rosa y bolso: era la primera vez que veía a alguien de la edad de su padre vestido así, por eso sabía que era arquitecto- preguntando si el libro recomendado iba bien para lo del test.

No se atrevió a dar el nombre del autor. Ni siquiera lo recordaba bien, en aquel momento tan excitante. Además, era extranjero, ¿y si lo pronunciaba mal? "No recuerdo ahora el autor -les dijo-, pero

trae todo lo que tiene que saber un arquitecto, los materiales de construcción que hay, las medidas de las cosas, los tipos de edificio, las formas de las ventanas, cómo se elige el sitio para la casa...". "Muy bien, muy bien. Eso es, precisamente", respondió el cincuentón. Entre ellos comentaron: "Lo del Metric Handbook todavía no ha salido. Es el Neufert...".

Entusiasmado por la corroboración, mi primo iba recomendando el Vitrubio a todos sus compañeros. Respaldaba el consejo contando su encuentro con los arquitectos de la Escuela: no es difícil adivinar que fue muy escuchado.

Había llegado el día del test. Mi primo pasó rápidamente sobre las preguntas de ciencias básicas. Al encontrarse con las cuestiones de arquitectura casi gritó. El libro había resultado providencial: ¿podía responderlas todas! "¿Con qué materiales harías una pared y con cuáles un techo?"; "¿Dónde colocarías un teatro en una ciudad?"; "¿Qué es una plaza?"; "¿Qué conocimientos crees que necesite un arquitecto?"... Una tras otra, las cuestiones iban siendo resueltas con seguridad.

Cuando salió de la Escuela pasó por casa. No se cansaba de repetir preguntas y respuestas, de describir la alegría de todos sus compañeros; porque, aunque el libro se había agotado pronto en las librerías de la ciudad, los servicios de fotocopia lo habían hecho llegar a todos los interesados. Y fueron muchos.

Me repetía por enésima vez sus respuestas, cuando atrajo su atención una vieja fotografía en la que se veían juntos a Perret y Wright. La estuvo observando un rato en silencio y al final dijo: "Los arquitectos de ahora ya no son así, ¿verdad?".

Ha pasado casi un mes desde aquel día. Mi primo y sus compañeros andan desconcertados. Los resultados del test están todavía por publicar. Incluso corre el rumor de que lo han invalidado. Lo cierto es que el período de

matriculación ha sido aplazado y nadie sabe cuándo empezarán las clases. "No antes de Reyes" es lo único concreto que responden. Los encargados de corregir el test -dicen ahora- parece que han dimitido. "A mí no me vienen con esas", casi gritaba uno de ellos saliendo de la Escuela. Nadie coge el teléfono, los pasillos están vacíos y hace días que por las cátedras ya no va nadie. Sólo en el bar algunos estudiantes y camareros esperan. Entre dimes y diretes, tres miembros del

staff directivo de la Escuela han vuelto al ejercicio privado de la profesión. Incluso dicen que otro, desalentado, dejando familia y despacho, ha acabado en Venecia.



La foto que mi primo vió

Un día, yendo por Commonwealth Avenue, Louis vio a un hombre corpulento de porte majestuoso, barbudo, con galera y levita, que salía de un edificio próximo, subía a su coche y daba orden de seguir al cochero. Su dignidad era inconfundible: todos los personajes importantes de Boston eran majestuosos; a veces lo eran enfáticamente, pero Louis deseaba saber quién y qué había detrás de esa solemnidad. Por esto se lo preguntó a uno de los obreros, quien le contestó:

"Pero si es el arquitecto de este edificio".

—¿Ah, sí? Y ¿qué es un arquitecto... el propietario?"

"No: es el tipo que hizo los planos de la construcción".

—¿Qué? ¿Qué dice? ¿Hizo los planos del edificio?"

"Seguro. Pone los cuartos sobre el papel, después hace un dibujo del frente y nosotros hacemos la obra bajo la dirección de nuestro patrón, pero el arquitecto es el patrón de todos".

Louis estaba estupefacto. De modo que así eran las cosas: los albañiles estaban detrás de su patrón y su patrón detrás del arquitecto... pero el edificio estaba al frente de todos. Le preguntó al hombre si el Templo Masónico había tenido un "arquitecto" y el hombre le dijo: "Claro, todo edificio tiene su arquitecto". Louis se sentía incrédulo, pero, de ser cierto, era una noticia realmente gloriosa. ¡Qué hombre tan grande y maravilloso debió haber sido el "arquitecto" de su amado templo! Tras lo cual le preguntó al obrero cómo había hecho el arquitecto el exterior del templo y el hombre le contestó: "Bueno, lo sacó de su magín; y además tenía libros". Eso de "además tenía libros" le disgustó a Louis; cualquiera podía hacer eso; pero lo de "lo sacó de su magín" le fascinó.

¿Cómo podía un hombre sacar de su magín un edificio tan hermoso? Qué gran hombre tiene que ser; qué hombre tan maravilloso. En ese preciso instante Louis decidió que sería arquitecto y sacaría "de su magín" hermosos edificios. Confió su decisión al hombre. Pero el hombre le respondió: "Ah, de eso no sé nada. Hay que saber, primero, un montón de cosas. Hay que tener educación. Claro que también nosotros los mecánicos tenemos nuestros libros. Así es cómo ponemos las escaleras, los rieles y otras cosas por el estilo. Pero hay que tener más sesos, más experiencia, más educación y más libros, sobre todo más libros, para ser un arquitecto. ¿Tu padre puede mantenerte en la escuela el tiempo suficiente?"

"Sí; él dice que me tendrá estudiando hasta que cumpla veintiún años, si me gusta".

de Autobiografía de una idea
por Louis H. Sullivan



Katherine Mansfield
«EL GARDEN PARTY»
y otros cuentos
prólogo de Virginia Woolf

(NOVEDAD)
«DIARIO»

Selección, prólogo y notas
J. Middleton Murry

EN CATALA

Antoni Foguera i Virgili
«EL NACIONALISME»
proleg de Josep Benet

SOLICITEN CATALOGO

Ediciones del Cotal, S.A.
Praga, 50 ent. 3.ª
Tel 214 22 82
Barcelona-24